



Recepción de autoridades en el acto inaugural del Congreso con el Sr. Rector de la Universidad Complutense, Prof. Villalpos.

SEGUNDA SESION

**EL MARCO HISTORICO DE IÑIGO
LOPEZ DE LOYOLA Y SU
EDUCACION CORTESANA**

El marco histórico de Iñigo López de Loyola y su educación cortesana

LUIS SUÁREZ FERNÁNDEZ
Catedrático de Historia en la Universidad Autónoma

En su sentido más estricto deberíamos referirnos, en esta ponencia, a unos años concretos, entre 1491, fecha del nacimiento, y 1521, fecha de la conversión —personalmente preferiría llamarla del encuentro definitivo con Dios, a través de sí mismo— aunque tal vez deberíamos añadir otros seis años, correspondientes a la estancia en Alcalá y Salamanca, porque son, todavía, años de formación. En ellos pueden establecerse con facilidad tres períodos, el de la infancia con sus raíces familiares, el de la preparación cortesana en Arévalo y Valladolid, y el del ejercicio de la caballería, en Rioja y Navarra. Tropezamos, en cualquier estudio de este tiempo, con un obstáculo: San Francisco de Borja «reservó» las noticias que el propio San Ignacio, en tono de confesión, dictara a Luis Gonçalvez de Camara, porque, según el general de los jesuitas, hubieran podido dar una imagen falsa y negativa de lo que, en verdad, había sido misterioso camino de ascenso hacia ese encuentro definitivo.

Hasta los quince años el centro de la vida de Iñigo está en la casona de sus padres, en Azpeitia. Beltrán de Loyola, uno de los parientes mayores de Oñaz, podía considerarse uno de los «grandes» propietarios y guerreros, en el pequeño mundo vascongado. De él recibirá el impulso hacia el oficio de las armas y el servicio del rey, como era normal en los segundones de Guipúzcoa, pero también el sentido del linaje, la cohesión interna del parentesco, que nace más de la fidelidad —el ejercicio— que de la sangre —el origen— sentido que se hallará firmemente en la Compañía. Pero su madre, María Sánchez de Licon y Balda, procedía de un sector muy diferente, aquel que desde los puertos —Lequeitio, Ondárroa, Deva— se lanzaba a la aventura de la navegación, con provecho económico. Marina fue abundantemente dotada por su padre cuando llegó al matrimonio.

1. Las vinculaciones del País Vasco —señorío de Vizcaya, provincia de Guipúzcoa, hermandad de Alava— con la Corona eran muy peculiares. Salvo en ciertas comarcas de Alava, como Salvatierra o Treviño, que de este modo se sustrajeron a su organización, no existía posibilidad de establecer señoríos jurisdiccionales. Vizcaya era un señorío, pero de un carácter muy singular, pues en este caso el señor era el rey, heredero de la casa de Haro. De modo que había una relación muy inmediata y directa entre las villas, por una parte, y los parientes mayores, por otra, con el monarca. No hacía muchos años que, para que esto resultara visible, Fernando el Católico había acudido a Guernica para jurar los Fueros a la sombra del viejo árbol. Y las Juntas de Guernica y de Alava recordaban constantemente los recíprocos juramentos de fidelidad que, a principios del siglo XIV se solemnizaran.

Estas relaciones peculiares quedaron sintetizadas en un concepto que los documentos también recogen cuando, al dirigirse a Beltrán de Loyola, los Reyes le llaman «mi fiel vasallo». Las batallas entre Parientes Mayores, agrupados en dos bandos, Oñaz y Gamboa, a veces muy feroces —aunque tal vez haya de rebajar un tanto los siniestros colores de Lope García de Salazar— no afectaba a la fidelidad personal que incluye el vasallaje, salvo si se producían candidatos distintos al trono porque si uno de los bandos se inclinaba en favor de uno era frecuente que el otro eligiese a su adversario. En 1475, cuando Isabel llegó al trono, porque los gamboinos de Avendaño la apoyaron, los oñacinos se mostraron fríos. Pero bastó que los franceses se presentaran ante Fuenterrabía para que todos acudiesen valerosamente a la defensa. Ahí destacó Beltrán de Loyola.

Ahora, cuando el niño Ignacio correteaba por los campos de Azpeitia, estas querellas pertenecían al pasado. Tras la obra pacificadora de la Junta de Usurraga, de Jofre de Sasiola o del licenciado de Chinchilla, Vizcaya y Guipúzcoa, podían considerarse pacificadas. Quedan, de cualquier modo, los recuerdos vivos de las «banderías»: el abuelo de San Ignacio, Juan Pérez, estuvo entre los que, para redimirse de homicidios cometidos en lucha, tuvo que servir durante cierto tiempo en la guerra de Granada, a su propia costa. Su hermano mayor primogénito, Martín García de Oñaz, perteneció a la Orden de caballería de la Banda. El, y sobre todo la esposa de éste, Magdalena de Araoz, que había sido dama de la reina Isabel la Católica, influyeron poderosamente en su educación. La gran diferencia de edad hacía que Ignacio ocupase, en relación con el cabeza de familia, una posición intermedia entre hijo y hermano que suele darse en las progenies muy numerosas.

Íñigo de Loyola, nacido en 1491, pertenece prácticamente a la generación del 92; al menos se educó bajo sus efectos. La conclusión de la guerra de Granada había hecho madurar una Monarquía que, extraordinariamente respetuosa con las estructuras jurídicas de los reinos y de las instituciones heredadas, cimentaba la unidad en dos puntos, el servicio

del rey y el servicio de Dios. Porque aquella Monarquía iba a ser definida precisamente como Católica, ya que había de la fe y de los principios morales del cristianismo su vínculo esencial, y porque, en definitiva, América, Africa o el Mediterráneo, podían ser presentadas como ámbitos para la expansión y defensa de la fe. Dos hermanos de Íñigo combatieron a las órdenes del Gran Capitán en aquella empresa de tantos vizcaínos y guipuzcoanos que fue la toma de Corfú, y otro emigró a América.

Normalmente el servicio de Dios y el servicio del rey se presentaban como complementarios, pero también solía suceder que apareciesen como alternativos. Tal fue el caso de san Ignacio que un día, postrado en la convalecencia de su herida, se planteaba las cosas de este modo. Sin embargo hay un detalle singular en este caballero que llegó a los treinta años sin que se tratase de un matrimonio para él. También es fácil comprender por qué, en una Monarquía semejante la fidelidad a una Corona, tan obligada a obedecer las leyes de Dios y las del reino, pudiera identificarse con el sentimiento de la libertad. Ignacio nunca hallaría incompatible esa libertad con la obediencia a Dios y a su Vicario en la tierra hasta el límite extremo.

2. Una parte de la alta nobleza castellana ha salido de las tierras vascongadas o está vinculada a ellas. Eso sucede con los Mendoza, los Velasco, los Ayala o los Stúñiga. Entre estos linajes de «grandes» con títulos y estados señoriales y los que permanecieran en el país de origen se conservaban los lazos de amistad, de modo que cuando se pretendía abrir camino a alguno de los jóvenes prometedores, se ponían en marcha mecanismos de protección que permitían el ascenso social. Esto sucedió con San Ignacio que, en 1506, pasó a educarse bajo el alto patrocinio del contador mayor, Juan Velázquez de Cuéllar. La mujer de Velázquez, María Velasco, pertenecía a la familia del condestable. Eran gente muy rica, de gran prestigio en la Corte, que tenían casa en Arévalo y también en Valladolid porque Juan Velázquez regía una de las dos Contadurías mayores, de modo que, aun sin título, estaba mucho más cerca del rey que muchos miembros de la alta nobleza.

Juan de Velázquez estaba aun ocupado en la tarea de inventariar y vender los bienes que pertenecieran a la reina Isabel. Por eso ocupaba el viejo palacio de Arévalo, tan cuajado de recuerdos de la Reina Católica y de su madre. Allí entró el joven Íñigo en contacto con la administración, con los recuerdos y con los tres Montalvo, tan ligados a Arévalo: el primero, que hiciera la recopilación de las Leyes, en un solo Ordenamiento; el segundo, Juan Rodríguez, que se encargaba de recopilar y editar, en 1509, el Amadís de Gaula; y el tercero, Antonio, que fue su discípulo. Con ellos aprendió a sublimar el espíritu de la caballería, algo que comenzara a aprender en su casa, pero que ahora se presentaba con más amplios horizontes.

Hacía muchos años que una profunda revolución social y política diera, en los reinos de Castilla, el predominio político a la nobleza. Hacía

1506 los nobles, en sus tres grados, constituían el 5% de la población: a él pertenecía, por nacimiento, sin discusión posible, Iñigo de Loyola. En el primer grado estaban los que disfrutaban de títulos, duque, marqués o conde, dueños de grandes estados jurisdiccionales. En el segundo se hallaban los dueños de solariegos e incluso pequeños señoríos, cuyas rentas no bastaban para asegurar la independencia. En el tercero los caballeros e hidalgos, a veces pobres. Los Loyola se inscribían en el segundo grado, pero el mayorazgo quedaba únicamente para el primogénito, de modo que Iñigo tendría que trabajar duro para labrarse una posición si no quería descender en la escala.

Pero lo que aquí aprende con claridad el futuro santo es que la nobleza no era una clase económica sino un modo de ser y de vivir sintetizado en la caballería. En lengua castellana «noble» era ya un calificativo para las acciones honrosas. Y así todavía hasta hoy: todo el mundo se complace de ser considerado un caballero o de que sus acciones sean tenidas por «nobles». En la sociedad del siglo XV el mimetismo social se ejercía en favor de esta aristocracia que todo el mundo quiere imitar.

3. Ahora bien, el gran camino social se había producido en la Península mientras se recibían grandes dosis de influencia humanística italiana que encontró terreno abonado en una tradición que arrancaba ya de Raimundo Lulio. El Humanismo, que reconoce en el ser humano las dos condiciones esenciales de libre albedrío y capacidad racional para el conocimiento especulativo —sobre esto volveremos— introducía una nueva conciencia de dignidad que aparece también, con rasgos muy fuertes, en toda la obra de San Ignacio: creado por Dios, el hombre posee en su propia naturaleza potencialidades de muy diverso orden, en especial espirituales, que pueden desarrollarse mediante su ejercicio. De ahí la importancia decisiva de la educación y de la lectura. San Ignacio será infatigable lector.

El resultado de dicho ejercicio, incluso en el aspecto corporal era lo que los italianos llamaban «vertú», que no coincide exactamente con las virtudes cristianas, aunque guarda con ellas estrecha relación. Así como las virtudes sobrenaturales conducen a la salvación eterna, las puramente humanas reciben su premio en la «fama» que se conquista dentro de este mundo. Los viejos y fríos salones del abandonado palacio de Arévalo, sabían de esto muchas cosas: habían sido lugar preferido para la presencia de Gómez Manrique. También su sobrino Jorge pasó por allí.

La existencia humana, desde esta perspectiva, descubre, como advirtiera León Battista Alberti, una nueva dimensión que se añade al cuerpo y al alma: el tiempo. Tiempo fugitivo como enseñan al joven Iñigo sus lecturas, Comentarios de Gil Romano, poetas cuatrocentistas reunidos en el Cancionero de Baena, pero sobre todo Jorge Manrique —«este tiempo bueno fue si bien usásemos de él», «cualquiera tiempo

pasado fue mejor»— y la literatura religiosa de la biblioteca de Arévalo. Tiempo fugaz, como recuerdan los relojes mecánicos, pero que debe ser aprovechado puesto que durante él deben ejercitarse las virtudes y adquirirse la fama.

El primer Moltalvo estableció, con su Ordenamiento, que la vida, dentro de la comunidad política, se regula por medio de leyes no inventadas ni improvisadas sobre la marcha, sino heredadas: él no hizo otra cosa, cumpliendo el encargo de la Reina, que ponerlas en orden. El segundo Moltalvo sintetizó en el Amadís lo que durante el siglo XV fuera una exaltación del espíritu de la caballería: el afán por la aventura, el artificio de lo heroico. Porque en un caballero —de ahí el trasfondo psicológico de los pasos honrosos— más importante que ser valiente es que los demás tengan conciencia de ese valor. Amadís, con sus aventuras fantásticas, todas soñadas, llenaba la imaginación y satisfacía el ansia de aventura. Tendría que pasar más de medio siglo para que su lectura y la de tantos otros vástagos, enloqueciera a un hidalgo de La Mancha.

Mientras tanto, en el entorno de Juan Velázquez, la Corte que trabaja y no sueña, se aprende otra cosa: la fidelidad, propia del caballero, se eleva cuando se convierte en lealtad. Fiel es el que sigue a su señor, sin preguntarse si está en lo cierto o si yerra; leal es el caballero fiel que trata de impedir los errores de su señor. Uno, y muy grave, cometió el joven Carlos I apenas llegado a España: entregar a su madrastra Germana de Foix, el señorío de Arévalo. Pero Arévalo era patrimonio de reinas de Castilla y Germana nunca lo fuera. Resistió cuanto pudo y cayó en desgracia. Cuando murió en 1517, en Madrid, Velázquez había perdido todo su poder.

4. Una parte sustancial en la educación del caballero pertenecía a la religión. En este caso hemos de tener en cuenta las circunstancias concretas de la religiosidad española que, desde finales del siglo XIV, venía siendo objeto de profundas reformas. La Compañía será precisamente una de las cumbres elevadas de dicha reforma. Hacemos mal llamándola Contrarreforma porque, aunque es cierto que se empleó a fondo en la lucha contra el protestantismo, no fue éste la causa: se trataba de vivir plenamente el mensaje cristiano, desde el interior de la fe y a través de la conducta.

En el plano teológico esta reforma española se apartó del voluntarismo —aunque en ella interviniesen también notables scotistas— y del nominalismo para afirmar con claridad y defender con ahinco, como harán los jesuitas, la capacidad racional de los hombres para el conocimiento de las verdades abstractas fundamentales, y la posesión de libertad natural, mediante la cual opera la gracia. Como enseñarían después en Trento los pensadores españoles se trataba de decir que Dios ha inculcado en el alma una ley natural mediante la cual los hombres saben, en conciencia, qué es objetivamente bueno, justo y deseable. Pero esta ley genera la convicción de que todas las criaturas humanas están dotadas

de derechos, también naturales. Estos deben ser respetados. En ellos reside la capacidad de todo hombre para alzarse a la plena dignidad de la fe. Tenemos aquí una raíz para el P. Suárez y otra para las misiones guaraníes del Paraguay.

Se trata del mismo fundamento de que partieron los místicos españoles. Para San Juan de la Cruz la fe es «un medio de unión del entendimiento con Dios». Del entendimiento y no de la voluntad. Por eso fue tan importante para Santa Teresa el encuentro con san Francisco de Borja y con sus confesores jesuítas; al fin había quienes podían entenderla. Pues las corrientes religiosas en que San Ignacio fue educado, aunque databan de antiguo —siglo y medio— todavía estaban operando en medio de un mundo que no las comprendía demasiado.

En estas corrientes, que poseen además un nexo con santa Catalina de Siena, la otra doctora de la Iglesia, hay algo que debe ser resaltado: el optimismo filosófico, que formaba parte de la educación. Los religiosos españoles rehuían las consideraciones pesimistas acerca del daño que el pecado original causara en la naturaleza humana; esta, a través de la Redención, es capaz de elevarse. Pero esta elevación, que exige la entrega previa en el amor de Dios —«a la tarde, diría San Juan, te examinarán en el amor»— reclama por parte de los hombres un ejercicio, un esfuerzo. El prior de san Benito de Valladolid fray García Giménez de Cisneros, que nada tiene que ver con su coetáneo el famoso cardenal, trató de resumir algo de esto en un pequeño libro que tituló *Ejercitaciones espirituales*. Lo llevó consigo a Monserrat cuando, a ruegos de Fernando el Católico y del Papa, abuelo de San Francisco de Borja, se encargó de su reforma. Extraños, sin duda, son los caminos de la Historia. También pasaría por Monserrat San Ignacio.

5. Dos grandes acontecimientos políticos tuvieron lugar en los años que San Ignacio vive en Arévalo: la junta de cosmógrafos de Burgos (1508), a la que siguieron otras tormentosas sesiones en torno a la legitimidad de la conquista, dejó establecido el hecho de que se había descubierto un Continente nuevo. España adquiriría, a cambio del reconocimiento de sus derechos a la conquista, el compromiso de la evangelización. Para los caballeros, nuevos Amadises, según la expresión acuñada por Morales Padrón, ninguna empresa podía reunir las condiciones de ésta: el cristianismo rompía sus moldes europeos para hacerse universal. El otro acontecimiento es la incorporación de Navarra a la Corona de Castilla, sin perder su identidad de reino. Para los habitantes de Azpeitia era un suceso gozoso que eliminaba muchas de las limitaciones territoriales y mercantiles que antes existieran.

En 1517, muerto Juan Velázquez, la viuda, María Velasco, recomendó aquel buen mozo de 26 años que se llamaba Iñigo López de Loyola a su lejano pariente, Antonio Manrique, duque de Nájera, que era virrey de Navarra. En este momento podía darse por concluida su educación cortesana y las razones de la recomendación lo exponían muy

claramente. Había sido ejercitado en el caballo, las armas y el mando sobre otros, como correspondía a un noble destinado a ascender; pero también destacaba en los negocios financieros y políticos, teniendo el hábito de escribir, con claridad, adquirido en los despachos. Sobre todo poseía las virtudes propias del caballero: la riqueza era un medio apetecible, sin duda, pero solamente un medio para alcanzar el verdadero fin que es «valer más». Sabía que el amor era, en la norma de la caballería, algo muy superior a la simple relación entre hombre y mujer, pues el «amor cortés» obliga al servicio de las damas, comenzando por la Virgen María, primera entre las mujeres.

Todo esto era cierto y se unía a la decisión que mucho antes adoptaran por norma los Loyola: servir al rey, que es en cierto modo consecuencia del servicio a Dios. Iñigo manda tropas en la guerra de las Comunidades, a favor de Carlos y contra los rebeldes, y se encarga de defender el castillo de Pamplona frente a los franceses. Lo mismo había hecho su padre en la oportunidad de Fuenterrabía. Pero en Pamplona le aguardaba la mano de Dios bajo la forma de una bala de cañón el 20 de mayo de 1521. Toda la educación recibida hasta entonces iba a ser reconducida: en los tediosos días de Loyola, meditando sobre las vidas de los santos, surgió el inesperado conflicto. El servicio de Dios obligaba a prescindir del servicio del rey. Para decirlo con palabras de algunos de sus más ilustres biógrafos, Dios aparecía como el único rey a quien valía la pena servir.

6. En la fundación y primer desarrollo de la Compañía de Jesús, estos años de aprendizaje, estudio y ejercicio fueron fundamentales y nada de lo entonces adquirido, resultó inútil. Encontramos sus huellas a poco que indagemos. Pero todavía faltaban dos etapas en la formación, antes de que ésta alcanzase las últimas consecuencias: el viaje a Jerusalem y la estancia en las Universidades de Salamanca y Alcalá. La peregrinación a cualquiera de los tres lugares santos mayores, no era un turismo piadoso ni una satisfacción sentimental: tenía un sentido mucho más profundo, de renovación interior. El peregrino, a través de las dificultades del viaje y de la penitencia, se despojaba del hombre «viejo» y reparería como un hombre «nuevo», de inocencia recobrada. Estaba otra vez en el punto de partida, en la ocasión de reemprender las grandes obras.

En la peregrinación de San Ignacio se encuentra la etapa esencial de Monserrat: allí se despojó de sus vestidos y de su caballo —la caballería del mundo— y se consagró a la Virgen María, en una muestra de «amor cortés» a lo divino. Allí también nacerían los Ejercicios espirituales, la obra cumbre de la reforma de las almas. Los dos años, de 1522 a 1524, constituyen una especie de solución de continuidad. Iñigo se había convertido en Ignacio.

Llegó a Alcalá en el preciso momento en que aparecía en las librerías la traducción española del *Enchiridion militis christiani* (Manual del caballero cristiano) de Desiderio Erasmo, el año 1526. Se convirtió

en el libro número uno para la opinión española. Todo el mundo sabía que Cisneros había invitado en otro tiempo a Erasmo a convertirse en profesor de Alcalá. En su Manual veían los españoles explicada la otra línea de conducta propia de la caballería: vivirla en la perfección espiritual de un servicio a Dios y a la propia dignidad humana. Lo malo era que, a pesar de las suavizaciones del traductor, aparecían demasiado agrias las críticas contra los eclesiásticos, reflejo del drama interior del propio autor.

1526 es un año trágico para Europa, y la prudencia inteligente con que san Ignacio trató el tema Erasmo —doctrina reservada únicamente para los fuertes, peligrosa si se difundía en los colegios, pero sin condenarla jamás —demuestra que el santo se percató muy bien de lo que ocurría. Ese año, frente a las tesis de Lutero, que rechazaba el valor del conocimiento racional especulativo, llamando a la razón «la prostituta», el Papa pidió a Erasmo que saliera al paso y éste escribió *De libero arbitrio*. Lutero respondió con *De servo arbitrio* y ahondando en su defensa de la incapacidad del hombre para merecer.

En ese drama profundo se jugaba ya el porvenir de Europa. Conviene tenerlo ahora muy en cuenta: de un lado estaba la concepción nominalista, que negaba la existencia en el hombre de decisiones libres y de conocimiento racional, volcando todas sus esperanzas en el individualismo y la ciencia experimental; del otro se manifestaba la seguridad de que las obras son complemento de la fe y, en definitiva, muestra de la dignidad que Dios ha conferido al hombre, junto con la confianza en su capacidad para entender las razones fundamentales que rigen la existencia. La Compañía de Jesús nació para defender esta segunda opción, y lo hizo con gran eficacia.